

el terror por todas las ciudades de Bohemia, que todavía no habian caído en su poder. Muertos los dos Procopios en 1434 de las heridas recibidas en un combate, la division que ya se habia introducido entre los husitas, se aumentó cada vez mas, y llegó á tal grado, que se dividieron en varias sectas con el nombre de taboritas, de orebitas, de calixtinos, de huérfanos, &c. unidos solamente en su furor contra los católicos.

Por este tiempo se hallaba congregado el concilio de Basilea para continuar lo que habia empezado el de Constancia; y se propuso en él tentar medios de conciliacion con los husitas, cuyo fanatismo parecia se habia resfriado un poco. Convidóse á los señores bohemos á pasar á Basilea, para trabajar con los padres del concilio en el restablecimiento de la paz. Fueron con efecto acompañados de un séquito numeroso de su partido hasta 300. Después de muchos debates se convino en que se reunirían á la Iglesia con las condiciones siguientes: 1.^a Que se concediese el uso de la copa á los que quisiesen comulgar en las dos especies, advirtiendo que no es de necesidad, y que se cümple igualmente con el precepto recibiendo solo la especie de pan. 2.^a Que quedasen los bienes eclesiásticos en manos de los que se habian apoderado de ellos, hasta que se retirasen mediante las sumas que se reservaban arbiträr. 3.^a Que los religiosos echados de sus monasterios volviesen á entrar en ellos, excepto los destruidos que no se restablecerian. 4.^a Que el concilio examinase los puntos de doctrina, de policía y de disciplina, que habian servido de pretexto á los husitas para separarse de la Iglesia, y que se sometiesen al juicio que se pronunciase sobre estos diferentes objetos.

No tardaron los husitas en violar las condiciones de este tratado, y quando el concilio declaró definitivamente acerca de la comunión en las dos especies y los demas artículos, rehusaron subscribir á sus decretos, uniéndose con todas las otras sectas enemigas de la Iglesia, que estaban esparcidas por Alemania y los reynos del Norte, y adoptando los errores particulares que distinguian á cada una de ellas; de suerte que el husitismo en su último estado era un monton de todas las opiniones erróneas condenadas por la Iglesia hacia dos ó tres siglos. Sus secuaces, aunque siempre igualmente desenfrenados contra la

potestad eclesiástica y la autoridad de los pastores, se hicieron poco á poco menos turbulentos y menos sanguinarios; porque con el tiempo se cansan los hombres de vivir en la turbacion, y el furor del fanatismo se gasta y consume como todo lo demas. En el siglo XVI. veremos á las sectas, hijas de Wiclef y de Juan Hus, y á las que se les incorporaron, unirse con los nuevos reformadores, y llevar otra vez la hacha de la sedicion á la mitad de Europa.

ARTICULO XI.

Personages ilustres por su santidad.

Algunos de los ilustres personages de quienes vamos á hablar, fueron tambien del número de los escritores célebres que florecieron en el siglo XV.; y aquí los consideraremos baxo los dos aspectos, el de la santidad que les mereció los honores decretados por la Iglesia á los que la edifican con sus virtudes, y el de la sabiduría que los hizo recomendables entre los hombres ilustrados de su tiempo; no pudiendo separar estas dos qualidades, de las quales aquella les señala aquí su lugar.

San Vicente Ferrer, que es el primero que se presenta según el orden de los tiempos, nació en Valencia el año de 1357 (1). Sus padres, distinguidos por su calidad, y abundantes en bienes de fortuna, no omitieron nada por darle buena educacion. Sintióse luego llamado á la vida religiosa; y á los diez y siete años entró en la orden de Santo Domingo, en la qual se perfeccionó en la práctica de la virtud, y cultura de las letras. Concluidos sus estudios convirtió su talento y su zelo hácia la predicacion, haciéndose en poco tiempo uno de los mas célebres oradores christianos de su siglo. España, en donde habia empezado á exercer este ministerio penoso, no le pareció teatro bastante extenso para el designio que tenia de convertir pecadores, y ganar almas para Dios; y así recorrió sucesivamente la Francia, la Italia, la Alemania, la Flandes, la Inglaterra y la Escocia, caminando á pie, viviendo del modo mas duro, y predicando por todas

(1) Don Nicolas Antonio se inclina á que nació en 1352, como parece consta de su carta al papa Benedicto.

partes con una vehemencia que hacia postrarse á sus pies á los hombres mas endurecidos en el pecado. El cardenal Pedro de Luna que conocia su mérito, le llevó cerca de su persona quando le hicieron papa con el nombre de Benedicto XIII., y Vicente fué su confesor por espacio de muchos años, y uno de los mas ardientes defensores de sus derechos al papazgo; pero en lo sucesivo renunció, como casi todos los hombres ilustrados de su tiempo, la obediencia de Benedicto, por acceder al concilio Constanciense. Rehusó con firmeza la dignidad de cardenal, y las demas prelacías que se le ofrecieron, prefiriendo el título de simple misionero á todas las distinciones que exercitan la ambicion de los hombres. Para dar mas autoridad á su ministerio, le concedieron los papas todos los poderes de legado. Predicaba este apóstol español con tanta fuerza, y hacia impresiones tan vivas en el espíritu de sus oyentes, que muchas veces los gritos y sollozos de estos le interrumpian en medio de su discurso. Su reputacion llenaba toda la Europa, quando fué llamado á Bretaña por el duque Juan V. el año de 1417, para hacer allí una mision. Despues de haber trabajado dos años en este país con el fruto que concedia Dios por todas partes á su zelo, murió santamente en Vanes el año de 1419; habiéndole canonizado en el de 1455 el papa Calixto III., cuya elevacion dicen que habia profetizado, quando este pontífice estaba todavía muy léjos de pretender la tiara. Tenemos de san Vicente Ferrer muchas obras impresas, entre ellas varios sermones que no corresponden á la grande reputacion de eloqüente de que gozó en su siglo (1).

(1) Don Nicolas Antonio en su Bibliot. vet. tom. II. pág. 205, cree con fundamento que estos sermones, aunque sacados sustancialmente de los que predicó san Vicente, no son suyos; lo primero, porque él los predicaba en valenciano, y no tenia tiempo para ponerlos en latin, como se hallan; y lo segundo, porque se ve alabado algunas veces en ellos, cosa muy agena de su modestia; y así es de sentir que son de algun discípulo suyo, comprobándolo con el testimonio de Ranzano, autor de la vida de san Vicente, en el lib. 2. cap. 3. Pero si este santo no fué autor de tales sermones, lo fué indubitablemente de otras muchas obras que refiere el mismo Don Nicolas Antonio en el lugar citado, de que es justo demos aquí individual noticia. I. Un tratado de la vida espiritual. II. Un tratado de consolacion en las tentaciones de la fe. III. Una carta al papa Benedicto. IV. Otra carta á Juan de Podio-Nucis, general de la orden. V. Fragmento de una carta á Bonifacio, general de los Cartuxos. VI. Fragmento de una carta á Juan Gerson.

San Bernardino de Sena nació en Masa, ciudad de Toscana, el año de 1380; y habiendo perdido á sus padres en su primera infancia, unos parientes que tenia en Sena le llevaron á esta ciudad para educarle. Estudió con maestros célebres, haciendo en poco tiempo grandes progresos en las ciencias, y aun mas rápidos y mas felices en la virtud. Notábase en él una prudencia superior á sus años, y una piedad tierna para con la Virgen santísima. Durante el contagio que desoló la Italia en 1400, se consagró al servicio de los enfermos con una resolucion y un zelo nunca harto admirados en un jóven, á quien el amor natural de la vida parecia que habia de alejar de un exercicio tan peligroso. A los veinte y dos años de edad entró en la orden de san Francisco; y habiéndose destinado al ministerio de la predicacion, llegó á ser uno de los mas famosos predicadores de su tiempo. A vista de su talento y de sus progresos no podia Bernardino dexar de tener enemigos: se quiso hacer sospechosa su doctrina, y se le acusó de haberse adelantado á algunas proposiciones reprehensibles; pero examinándole por sí mismo el papa Martino V., le juzgó muy católico, y le concibió una grande estimacion. Rehusó por su humildad muchos obispados que le ofrecian, contentándose con la calidad de vicario general de su orden en toda Italia; y valiéndose de la autoridad que le daba este empleo, trabajó por espacio de muchos años en restablecer la regularidad en los conventos sujetos á su inspeccion, reformó un gran número de ellos, é hizo reflorcer por todas partes la piedad, de que era un perfecto modelo. No tenia mas que sesenta y quatro años quando la muerte terminó sus fatigas en 1444, hallándose entonces en Aquila, ciudad del Abruzo en el reyno de Nápoles. La multitud y la fama de los milagros que se obraron en su sepulcro manifestaron su santidad; y el papa Eugenio IV. que le habia conocido en diferentes ciudades, y veneraba muchísimo su memoria, empezó las informaciones necesarias para canonizarle, las cuales se continuaron en el pontificado de Nicolao V., que le colocó solemnemente en el número de

VII. Dos cartas al infante Don Martin, hijo de Pedro IV. de Aragon. VIII. Otra carta á Fernando, infante de Castilla. IX. Tratado del fin del mundo. X. Libro de las suposiciones. XI. Biblia ó Prontuario. XII. Libro del sacrificio de la misa y sus ceremonias.

los santos el año de 1450. San Bernardino dexó muchas obras recogidas en dos volúmenes en folio, y la mayor parte son sermones para la Quaresma, el Adviento, las Dominicas del año, y las fiestas de los santos, por el gusto y estilo de su siglo, con algunos tratados sobre varios asuntos de moral y de piedad.

La familia de los Justinianis, una de las mas antiguas é ilustres de Venecia, no cuenta entre los títulos ménos honoríficos la gloria de haber producido á san Lorenzo Justiniano. Nació este santo el año de 1381, y habiendo perdido á su padre en la niñez, su madre Quirina, que estaba en edad de pensar todavía en otro nuevo enlace, se dedi ó enteramente á la educacion de la familia que Dios la habia dado. Baxo la direccion de esta madre virtuosa hizo Lorenzo grandes progresos en la piedad. Era de un carácter serio, y se negaba á todos los entretenimientos de su edad, por ocuparse en las obligaciones que se le habian prescrito, empleando el tiempo que le quedaba en leer ó en orar. Quando se fué acercando á la edad en que los jóvenes de su clase acostumbran á entrar en el mundo, quedó aterrado de los peligros á que iba á exponerse su virtud, y formó el designio de retirarse á alguna soledad, para consagrarse en ella totalmente al servicio de Dios. Pero por no emprender ninguna cosa á la ventura, quiso el prudente jóven probar sus fuerzas ántes de tomar un partido decisivo; y sin hacer mudanza alguna en lo exterior, practicaba secretamente todas las austeridades del género de vida que se proponia abrazar. Despues de haber sufrido este ensayo por algun tiempo, sin haberse disminuido su resolucion y su fervor, executó Lorenzo lo que habia determinado, retirándose á los canónigos regulares de Alga, los quales sin estar ligados con ningun voto hacian una vida muy penitente, y tenian toda la austeridad de los monasterios mas reformados. Lorenzo Justiniano los siguió con ardor en el camino estrecho que pisaban, y aun superó á estos modelos de penitencia.

Habia muchos años que procuraba su perfeccion en aquel retiro, sin pensar mas que en ocultarse á los ojos del mundo, y ser conocido únicamente de Dios; quando el papa Eugenio IV., que sabia quan útil podia ser á la Iglesia por su mérito y virtud, le nombró para el obis-

pado de Venecia. Espantado Lorenzo con este peso lo resistió, en quanto se lo permitian el respeto y la sumision á las órdenes del sumo pontífice; pero forzado á aceptar una dignidad de que solo miraba las obligaciones, tomó posesion de ella en 1434 á los cincuenta y tres años de su edad, en cuyo elevado puesto no disminuyó en nada la austeridad practicada tanto tiempo en el retiro: su mesa era frugal, su vaxilla de barro, sus muebles muy sencillos, y su habitacion se parecia mas á la celdilla de un religioso, que al quarto de un obispo. Quando se le representaba que debia dispensar algo mas á su dignidad, respondia que no podia hacer mas gasto, teniendo que mantener una numerosa familia. Esta familia eran los pobres, por los quales se privaba de todas las comodidades, y muchas veces aun de lo necesario. Su ocupacion en todo el tiempo de obispo fué trabajar en la reforma del clero, en restablecer la disciplina decaida por la negligencia de sus predecesores, y en combatir el luxo y los demas vicios. Concedió Dios tal fruto á sus trabajos, que los que al principio se habian opuesto á su zelo, se creyeron obligados á ayudarle, y los otros no pudieron á lo ménos negar á su mérito justos elogios. Diez y siete años despues de elevado á la silla de Venecia, el papa Nicolao V. para honrar su virtud le dió el título de patriarca, título que ha pasado á sus sucesores. Murió este santo prelado el año 1455, y á los setenta y quatro de edad; y en su última enfermedad no quiso otra cama que el xergon de paja en que ordinariamente se acostaba, diciendo que Jesuchristo habia muerto sobre el madero de la cruz, y no sobre colchones de pluma. Dexó muchas obras piadosas, llenas de luz y de uncion; distinguiéndose entre ellas el tratado de la soledad, que se traduxo al frances, y que no se puede leer sin sentirse movido al retiro, y sin desear á lo ménos sus dulzuras.

San Antonino, cuyo verdadero nombre era Antonio, trae el de Antonino, que hizo tan célebre con sus virtudes y talento, de su pequeña estatura. Nació en Florencia el año de 1389; y habiéndole dado sus padres buena educacion, correspondió perfectamente á sus desvelos, pues quando todavía era muy jóven, consagraba á la oracion y á la lectura de libros edificantes todo el tiempo que sus estudios y demas ejercicios le dexaban libre. A los diez y

seis años de edad fué recibido en la órden de santo Domingo, sin embargo de la aparente debilidad de su salud, que hacia temer que no pudiese sufrir la austeridad de la regla. Llegó á ser un modelo de todas las virtudes religiosas; y supliendo en él la prudencia la falta de experiencia, que solo se adquiere con los años, sus superiores le creyeron en estado de gobernar á otros, quando los hombres regulares necesitan todavía formarse con el exemplo y las lecciones de los ancianos. Fué prior sucesivamente en los conventos de Roma, de Nápoles, de Sena y de Florencia, mereciéndole su prudencia y suavidad la estimacion y confianza de todos sus súbditos: por todas partes, aunque superior, era el mas modesto, el mas exácto y el mas mortificado de los religiosos de la comunidad: supo restablecer ó mantener la regularidad en todas las casas, cuyo gobierno se le confió, con un zelo tan bien reglado por la caridad, que sus inferiores no sentian jamas lo penoso de la obediencia. De este modo le preparaba Dios para manifestar su talento en un teatro mas vasto.

Hallábase vacante el arzobispado de Florencia, y habia pocas sillas mas importantes y mas difíciles de desempeñar que la de esta ciudad; porque la despedazaban ciertas facciones enemigas, llenándola de turbaciones, y muchas veces de mortandad. Los ciudadanos pedian un pastor que fuese prudente, moderado, zeloso de las buenas costumbres, sabio, capaz de contener á la multitud imparcial, y que juntase á todas estas qualidades la ventaja de haber nacido dentro de sus muros. El papa Eugenio IV. anduvo buscando mucho tiempo un sugeto que tuviese todo lo necesario para llenar los deseos de los florentines; y se ocupaba en este pensamiento, quando un religioso dominico, á quien hacia trabajar algunas pinturas, le indicó á Antonino, que entónces exercia el cargo de vicario general de su órden en el reyno de Nápoles. Admirado Eugenio de no haber pensado en él desde el principio, le nombró inmediatamente; pero afligido Antonino de que se hubiesen puesto los ojos en su persona para ocupar una silla que otros muchos ambicionaban, resolvió huir y ocultarse en algun lugar en donde no pudiese ser descubierto. Iba á executar este designio, quando le forzaron á obedecer las órdenes absolutas del papa. Des-

pues de haber tomado posesion de su Iglesia, su primer cuidado fué arreglar su casa, para que sirviese de exemplo á su clero, cortando todo gasto de luxo y de magnificencia, y no pensando en realzar su dignidad sino con virtudes. Su vida era de un verdadero obispo, toda ocupada en las obligaciones de su ministerio y en los exercicios de la caridad pastoral; asistia diariamente á los officios de su catedral; daba audiencia todas las mañanas á los que iban á implorar su beneficencia, á contarle sus penas, y á consultarle sobre las necesidades de sus almas; visitaba exáctamente su diócesis, andando por lo regular á pie, y por todas partes dexaba señales de haber pasado por allí en sus luminosas instrucciones y abundantes limosnas. El papa Eugenio IV. le estimaba muy particularmente, no obstante de que el santo prelado jamas le aduló, y siempre le dixo libremente la verdad. Tuvo la resolucion de advertir al pontífice su último fin, que nadie se atrevia á anunciárselo, y le administró la Extrema Uncion recibiendo sus últimos suspiros. Del mismo aprecio gozó el virtuoso arzobispo en los pontificados de Nicolao V., Calixto III. y Pio II.; y despues de 70 años de vida y 13 de obispado falleció en 1459. Entre las obras que nos han quedado de san Antonino se estima sobre todo su suma de teologia moral, en la que se propuso desentrañar toda la ciencia de la salvacion, y todas las obligaciones de la vida christiana.

El prodigio de este siglo fué san Francisco de Paula, que tomó el nombre de una pequeña ciudad de Calabria en donde nació el año de 1416. Sus padres, que eran de una condicion honrada, aunque poco favorecidos de bienes de fortuna, le educaron en la piedad que profesaban; y no habiéndole tenido hasta despues de muchos años de matrimonio, prometieron consagrarle á Dios como á otro Samuel. Francisco correspondió á sus piadosas intenciones, y mostró temprano el deseo de llegar á una gran santidad por el desprendimiento de las cosas terrestres y la práctica de una vida austera. Antes de salir de casa de sus padres contraxo la costumbre de no comer ni carne, ni pescado, ni huevos, ni leche, y guardó escrupulosamente esta práctica toda su vida. A los 15 años se retiró á una viña perteneciente á sus padres á alguna distancia de la ciudad de Paula, para ocuparse solamente en

la meditacion de las verdades eternas. Pero no se creyó allí bastante separado de los objetos que podian distraerle, y buscó una soledad mas profunda, deteniéndose en un lugar apartado hácia la orilla de la mar, en donde excavó una gruta baxo una roca, y permaneció quatro años sin mas comercio que con Dios. Muchas personas tocadas del deseo de trabajar en su salvacion fueron á buscarle á su retiro, y á rogarle las dirigiese en el camino de la penitencia; y edificaron celdas cerca de la suya, con un oratorio en que se reunian para cantar las alabanzas de Dios. Era una cosa totalmente maravillosa ver á un jóven que apenas tenia 19 años á la cabeza de una comunidad, dando lecciones de perfeccion á las personas de todos estados que se ponian baxo su gobierno, de los quales muchos habian pasado sus dias en los empleos del mundo. Francisco era mas bien su modelo que su guia, y para hacer lo debido bastaba poner en él los ojos, y procurar seguir sus pasos. Aumentándose cada dia el número de sus discípulos, edificó un monasterio para alojarlos, y una iglesia para hacer el servicio divino; á cuyos gastos contribuyeron los pueblos de los alrededores con una liberalidad que acreditaba su veneracion á este varón santo. Tales fueron los principios de la orden que fundó san Francisco de Paula, sin llevar al principio otro fin que santificarse á sí mismo en la soledad. En este monasterio estableció el mismo género de vida y la misma austeridad que habia hecho practicar siempre á los que fueron á buscarle: prescribió á sus religiosos la observancia de una quarasma perpetua, prohibiéndoles usar de huevos, manteca y queso, de lo qual hizo el objeto de un quarto voto: dióles por divisa la caridad, y quiso que se llamasen *Mínimos*; esto es, los menores de todos los religiosos. El papa Sixto IV. aprobó esta nueva orden en 1474, y el santo fundador fué su primer general. El fervor del instituto atraia un gran número de discípulos, y en poco tiempo se extendió de suerte que antes de la muerte de san Francisco habia formado establecimientos en casi todas las naciones católicas de Europa. La reputacion de este varón piadoso llegó hasta Francia; y hallándose entónces atacado de un desfallecimiento que le llevó á la muerte el rey Luis XI. (cuyo amor á la vida pasaba de lo que regularmente se llama flaque-

za), hizo ir al santo de Calabria, con la esperanza de alcanzar la curacion por sus oraciones. Acaso jamas se conoció mejor el imperio de la virtud, que al ver un monarca temido y poderoso derramando lágrimas á los pies de un pobre religioso, y pidiéndole su proteccion para con Dios. Francisco no le restituyó la salud; pero hizo mas dándole avisos saludables, que podian enseñarle á bien morir. Experimentó Luis XI. su desinterés con los ricos presentes que le envió, y que le instó aceptase; pero Francisco estaba acostumbrado á despreciar el oro y todas las demas cosas que los hombres estiman. Los cortesanos admiraban la profunda sabiduría que sobresalia en todos sus discursos, y apenas podian concebir que estuviesen ocultas tantas luces baxo un exterior tan sencillo. Carlos VIII. y Luis XII. dieron á san Francisco de Paula y á su orden señales visibles de su veneracion, fundando muchos conventos para ella, y colmándolos de beneficios. A pesar de la vida austera que habia tenido desde su primera juventud, y que no disminuyó en la edad mas avanzada, vivió el santo fundador cerca de 91 años; falleciendo en el convento de Plessis-las-Torres el de 1507, y siendo canonizado por Leon X. á los 12 despues de su muerte.

Entre los hombres célebres que produjo la orden de san Francisco, hay pocos que le hayan hecho tanto honor como san Juan de Capistrano. Nació cerca de Aquila en el reyno de Nápoles el año de 1385, en el lugar de que tomó su nombre. Su padre era un caballero angevino, que habia seguido á Luis, duque de Anjou, en la conquista del reyno de Nápoles; y dió á su hijo una educacion correspondiente á su nacimiento. Aplicóse particularmente al estudio del derecho; y los progresos que en él hizo, y la reputacion que adquirió de uno de los mas hábiles jurisconsultos de su tiempo, le facilitaron un establecimiento considerable en Perugia, en donde obtuvo un empleo de judicatura, que desempeñó con tantas luces como integridad. Mas habiendo tomado el partido del rey Ladislao en una diferencia que tuvo con los habitantes de Perugia, fué puesto en prision, y allí le tocó Dios en el corazon, é hizo serias reflexiones sobre la inconstancia y vanidad de las cosas humanas. Desengañado de todo lo que habia mirado hasta entónces como un bien só-

lido, resolvió renunciarlo para no buscar mas que en la práctica de la virtud su felicidad. Habiendo conseguido que le dexasen libre por una porcion de sus bienes, distribuyó los demas á los pobres, y hecho pobre así, él mismo entró en la orden de los padres Menores, y tuvo por maestro en las ciencias y en la observancia de las virtudes religiosas á san Bernardino de Sena, á quien conservó siempre el mas tierno afecto. Quando los enemigos de este hombre, igualmente piadoso que sabio, se esforzaron á hacer sospechosa su doctrina, Juan Capistrano fué á Roma á defenderle, y no contribuyó poco á confundir la malignidad de los que le calumniaban.

Conociendo el papa Eugenio. IV. el mérito del santo religioso, le encargó muchos negocios para servicio de la Iglesia. En el concilio de Florencia se valió útilmente de él para terminar la union de los griegos con la iglesia latina. Despues le envió en calidad de nuncio cerca de algunos príncipes adictos á Felix V., para reducirlos á retirarse de la obediencia de este antipapa. En todas estas comisiones acreditó Juan Capistrano tanta prudencia como habilidad; pero sobre todo quando esforzó su zelo por el servicio de la Iglesia, fué en la ocasion que Nicolao V. le envió á Alemania á predicar la cruzada contra los turcos en 1455. Patético y eficaz en su predicacion excitó á tan gran número de personas á tomar las armas contra el enemigo comun de la christiandad, que puso al valeroso Hunniades en estado de oponerse á los esfuerzos de los turcos, y hacerles levantar el sitio de Belgrado. Un éxito tan feliz del ejército christiano contra los infieles, que salvó á la Hungría, y quizá á toda la Europa, del yugo otomano, se debió en gran parte á las vivas exhortaciones de Juan Capistrano y á sus oraciones fervorosas. Inflamaba el valor de las tropas mostrándoles la gloria de que iban á cubrirse, y prometiéndoles el triunfo. La idea que se tenia de su santidad hacia que se le mirase como á un hombre inspirado del cielo, y sobre su palabra los ménos valerosos se hacian intrépidos. Juan Caspistrano sobrevivió poco á este gran suceso, habiendo muerto en el mes de Octubre de 1456, de edad de 71 años; y en el de 1690 le canonizó el papa Alexandro VIII. La obra mas notable de las que de él nos han quedado es un tratado de la autoridad del papa y del concilio, en que defiende con mucho calor los

intereses de Eugenio IV. contra los padres de Basilea.

Pudieramos tambien hablar aquí de muchos santos de ambos sexos que ilustraron el siglo XV. con sus virtudes, como san Casimiro, hijo de Casimiro III., rey de Polonia, y gran duque de Lusitania, que nació en 1458, y murió en 1484; san Diego, hermano converso de la orden de san Francisco, muerto en 1463; el Beato Luis Aleman, cardenal y arzobispo de Arlés, que presidió el concilio de Basilea despues de haberse retirado el cardenal Juliano Cesarini, y murió en 1450; santa Francisca, dama romana, de una familia noble y rica, que murió el año de 1440, y que habiendo enviudado despues de 40 años de matrimonio, fundó la congregacion de las oblatas, llamada así porque las vírgenes que la componen, en lugar de votos ordinarios, no hacen mas que una oblacion ó promesa por sí mismas, sin ligarse con una profesion irrevocable; santa Catalina de Bolonia, que abrazando desde la edad de 14 años la regla austera de santa Clara, fué uno de sus principales ornamentos; en fin la beata Coleta de Corbia, hija de un simple carpintero, que emprendió la reforma de la orden de santa Clara con una resolucion superior á todos los obstáculos, y falleció en Gantes el año de 1447. Pero los límites en que nos vemos precisados á contenernos no nos permiten entrar en mayores individualidades. Lo que hemos dicho basta para acreditar que á pesar de lo que habia decaido la piedad en este siglo, veia todavia la religion en todos los estados personas que la honraban con costumbres puras, con una vida penitente y con virtudes extraordinarias.

ARTICULO XII.

Escritores eclesiásticos.

Dexamos ya notado que el siglo XV. fué un tiempo de renovacion para las letras y para las ciencias por la necesidad que hubo de estudiar para combatir las heregias, defender los derechos de la Iglesia, y ventilar las questões delicadas que se trataron en los concilios de Constanza, Basilea, Florencia y en otras muchas asambleas ménos numerosas que tuvieron en Francia, Italia y Alemania sobre los grandes intereses en que estaban ocupados